

fabienne bradu

sobre
la literatura feminista
en francia

Diez años de existencia del Movimiento de Liberación de la Mujer pueden ser suficientes para sacar un balance sobre el conjunto de logros y fracasos que lo han marcado hasta ahora también en el campo de la literatura. Pero a la vez puede parecer un tiempo demasiado corto para formular un juicio verdaderamente crítico y severo. Las mujeres no nos podemos permitir errores, tenemos que ser siempre "las mejores" para lograr que nos escuchan, que nos lean y, con dificultad, nos consagren en las altas esferas de la crítica literaria.

Si miramos hacia el camino andado durante estos diez años, notamos una especie de paralelismo entre el surgimiento y desarrollo del movimiento en general y la literatura feminista. Por supuesto, en Francia no faltaban antecedentes, y entre los más brillantes y aun venerados está el de Simone de Beauvoir. Pero lo que hoy llamamos literatura feminista es algo distinto de lo que se dio en la posguerra, cuando se veía aún a la mujer escritora como una rara excepción. Si hablamos de paralelismo no es tanto porque la literatura feminista estuviera atada al Movimiento, y condicionada por él como su órgano de difusión y propaganda, sino porque su evolución pasó, en cierta medida, por los mismos pasos, conoció las mismas dudas, los mismos temores y nació, a su semejanza, de un parto sangriento, de una des-

garradura que marcó las páginas que estaban por escribirse.

Podemos distinguir en esta breve historia dos fases esenciales: el nacimiento, o mejor dicho su explosión efusiva, a la cual ningún freno podía oponerse y, desde hace poco, un período de relativa recesión provocado por un cuestionamiento general de sus fundamentos. Este cuestionamiento que partió del Movimiento mismo y no se limitaba a algunos puntos precisos, ganó el campo literario hasta transformarse, en la actualidad, en un amplio debate.

El Movimiento surge violentamente de una rabia contenida durante siglos de opresión y, asimismo, la escritura feminista irrumpe con el propósito de romper el silencio ancestral que había mutilado a la mujer en todas sus formas de expresión.

Desde sus principios el Movimiento se establece al margen de todas las organizaciones tradicionales, porque precisamente en ellas no cabía la palabra de las mujeres, relegadas siempre a un segundo rango. De la misma manera, la escritura feminista nace con el propósito de reivindicar un lenguaje de mujer que sea propio de ella y no derivado del lenguaje del hombre, quien hasta entonces le había dado a veces la ilusión de cederle una parte de su discurso dominante. Las escritoras feministas entendieron que se abría ante ellas la búsqueda de algo nuevo, directamente relacionado con la identidad femenina, que era necesario llenar un vacío, un silencio tan opresor como las agresiones violentas y los golpes físicos.

Así, la literatura feminista nace como un grito —a veces violento— que traspasa las páginas y rompe con el silencio de nuestros cuerpos, de nuestra locura o de nuestra soledad, para intentar convertirse en páginas-espejos para todas las mujeres.

"Inventar un lenguaje de mujer. Pero no de mujer como lo expresa el lenguaje del hombre. La mujer que quiere tener un discurso propio no puede eludir esta extraordinaria urgencia: inventar a la mujer. Es una locura, lo admito, pero es la única razón que me queda", escribía Annie Leclerc en 1974, en su libro *Parole de femme* (Ed. Grasset), que incluye en sus primeros capítulos una excelente exposición sobre la problemática de la escritura feminista.

Si reflexionamos sobre el contenido a expresar, no se plantean grandes dudas: se trata de clamar a la faz del mundo entero todo lo que hasta ahora se ha callado, o disfrazado de atrocidades mentirosas, acerca de la mujer. En esta perspectiva, lo primero que surge es nuestro cuerpo, nuestra sexualidad, nuestra pretendida psicología, que ha dado lugar a tantas divagaciones por parte de nuestros escritores masculinos, incluso muy ilustres.

Por esta razón, nuestras escritoras empezaron por hacer es-

cuchar la voz de nuestro sexo y precisar la manera en que entendíamos y vivíamos nuestra sexualidad: "Así fue como aprendí primero que mi sexo de mujer era el lugar de las fiestas dionisiacas de la vida. Entonces, miré del lado del hombre. Para él una sola fiesta del sexo: el coito. De las otras fiestas, las múltiples de mi sexo, no quiso escuchar nada. . . Decretó que sólo había una fiesta del sexo y que ésta era viril" (Annie Leclerc, *Parole de femme*).

En los principios de la literatura feminista es preciso —se pensaba— insistir sobre la reivindicación de algo totalmente extraño al hombre, sobre lo que ponía en peligro sus fantasías y fantasmas, dándole a la sexualidad femenina un soplo de libertad, de locura, 'de alegría desenfrenada: "Lo siento por él; tendré que hablar de los gozos de mi sexo y no de los gozos de mi alma, ni de mi virtud o de mi sensibilidad femenina. Los gozos de mi vientre de mujer, de mi vagina de mujer, de mis senos de mujer, los gozos fastuosos de los cuales él no tiene ni la más remota idea" (Annie Leclerc, *Parole de femme*).

Era preciso partir de allí, en cuanto a la temática, para dar a conocer —no solamente a los hombres, sino a las propias mujeres— la verdad sobre lo que representan precisamente los fundamentos de nuestra opresión. La sexualidad femenina se había cubierto de silencio y convertido en "deber"; el embarazo y el parto, en dolor; la vagina y la regla, en basura y suciedad; el clítoris, en el órgano de fijación de las retrasadas mentales; la sensibilidad femenina, en la gigantesca máscara de la opresión y de la servidumbre.

El carácter cotidiano de esta opresión provocó otro fenómeno novedoso: la escritura. La labor de creación literaria ya no se limitaba a las autoras consagradas sino que se ampliaba a otro sector. Sería erróneo afirmar que todas las mujeres, independientemente de su formación y de su pertenencia de clase, se pusieron a escribir, pero la aparición de muchas revistas feministas dio lugar a la publicación de textos escritos por "anónimas", aunque, a nivel editorial, pocas de ellas lograron reconocimiento. De todas formas, una de las tareas realizadas por la literatura feminista fue la de romper el prejuicio de la escritura reservada a una élite, la de fomentar en cierta medida la desacralización de la literatura. Veremos posteriormente hasta qué punto eso se convirtió en realidad.

Otro de los temas de importancia que empezaron a tratarse en la incipiente literatura feminista fue el cuestionamiento del psicoanálisis en su proceder individual y, a nivel general, del sistema hospitalario psiquiátrico.

No pretendo citar a las numerosas escritoras que surgieron en el curso de los últimos diez años; la selección también sería

difícil. Por esta razón nos centramos más bien en la problemática que encierra la literatura feminista, independientemente de las autoras y de su talento personal, no sin señalar que, tal vez más que los contenidos, es la forma, el lenguaje, la sintaxis, lo que da personalidad y autonomía a un texto, lo que suscitó mayor reflexión y mayor inquietud dentro de la corriente. En efecto, el peligro era grande: la recuperación de un discurso que sólo podía desarrollarse dentro de un contexto, atendiendo a significados creados por los hombres. No se trataba de apropiarse de su lenguaje triste y aburrido, sino de crear una forma en relación con la mujer. En pocas palabras, era preciso encontrar la forma más cercana posible de lo biológico. Ya que la mujer se distingue del hombre por su no-finitud, por sus profundidades, sus oscuridades y por la complejidad de su vida orgánica, era necesario crear un discurso cuya forma reflejara estas características.



Hélène Cixous en un trabajo titulado *La venue à l'écriture*, trató de expresar esta sensación que pretendía cristalizar en una nueva forma de escritura: ". . . presentía que existía un más allá al cual no tenía acceso, un allá sin límites. . ." Además, esta búsqueda aparece como inseparable de la indagación de la identidad femenina: "A veces pienso que empecé a escribir. . . para buscar, llamar, palpar, dar a luz a un nuevo ser que no me atara, que no me rechazara, que no muriera por falta de espacio" (Hélène Cixous, *La venue à l'écriture*). Este tipo de lenguaje se asemeja a una locura, a un soplo de fuerza que viene desde dentro: "Una fuerza alegre. No un dios; eso no viene desde arriba, sino desde un territorio inconcebible, en mi interior, pero desconocido, en relación con una profundidad que pudiese existir en mi cuerpo. . . otro espacio, sin límites, y ahí, en las zonas

que me habitan y que yo no sé habitar, las siento, no las vivo, ellas viven en mí, hacen surgir las fuentes de mis almas, no las veo, las siento, es incomprensible pero así es. . . Tengo volcanes en mis territorios" (Hélène Cixous, *La venue à l'écriture*).

En el caso de Hélène Cixous, la búsqueda ha dado lugar a un estilo muy peculiar. Su sintaxis evita la finitud, el acabado; significa una multiplicidad y todo eso vuelve la lectura particularmente difícil. No sucede lo mismo con otras escritoras feministas. Y aún en una lista tan incompleta no es posible dejar de mencionar al menos a dos escritoras particularmente brillantes: Emma Santos y Marie Cardinal; y entre su producción, dos libros cuya importancia es indudable para la literatura francesa: *La malcastrée*, de Emma Santos, y *Les mots pour le dire*, de Marie Cardinal.

Pero falta algo importante en esta breve reseña: señalar el cuestionamiento que empieza a hacerse en la literatura feminista y analizar sus fundamentos. Este fenómeno no es exclusivo de la literatura, sino que lo manifiesta todo el movimiento y responde a temores que se comienzan a sentir por todos lados: principalmente, el temor a dejarse encerrar en un discurso, en una "mística de la feminitud", que podría dar un golpe mortal al feminismo, que lo paralizaría, transformándolo en una esclerosis elitista.

El cuestionamiento se plantea a dos niveles esenciales: negar que unas cuantas escritoras detentan la verdad y el conocimiento exclusivo de la identidad femenina; rechazar que esa "feminitud" se encierre en un discurso que reproduce, aunque en otra forma, el ghetto del cual se pretende salir. Se rechaza que la experiencia vivida, lo cotidiano y la particularidad imaginativa de cada una se conviertan en un "nosotras las mujeres", negando así el derecho a la diferencia, incluso entre las mismas mujeres. Además, es cierto que la literatura de estas autoras no puede pretender, por su pertenencia de clase, considerarse un texto universal, sin que ello signifique, de ninguna manera, desconocer o disminuir su calidad literaria.

Por otra parte, el valorizar el cuerpo y privilegiar como únicos centros de gozo la vagina, la regla, el clítoris, el parto, etcétera, es siempre proclamar que tenemos "más" que el hombre; pero puede parecer en muchos casos la revancha del primo pobre que llega a la fama inesperada: "¡Yo, sí señor, tengo regla; usted, no!". No es que se trate de negar la diferencia que nos reivindica con relación al hombre, pero el peligro reside en transformar esa diferencia en sincronía, cuando en realidad debe plantearse en términos de diacronía. Los antivalores que se oponen al sexismo y al machismo no son exclusividad de la feminitud; si se reclaman con tanta vehemencia desde hace diez años es precisamente

porque han de pasar a ser valores de ambos sexos. Salir de la opresión sexual que nos encierra en un ghetto familiar y social no debería equivaler a construir otro que, si bien es nuestro sin duda, resulta igualmente opresor porque no incluye la otra parte de la realidad y nos deja al margen de la totalidad. Mientras nos preocupemos por "literaturizar" o "poetizar" nuestros órganos, nuestras tareas domésticas, los hombres estarán tranquilos: pueden seguir teniendo un control efectivo sobre la realidad total. Por estas razones se estima hoy que el período narcisista, descriptivo, debe abrirse hacia otra exploración que no corra el riesgo de ser una revaloración, aunque en diferente clave, del eterno femenino.

La diferencia entre los sexos existe, pero insistir sobre ella es definirse una vez más en relación al hombre. Al hablar únicamente de nosotras y de nuestra especificidad, la feminitud no deja de hablar de los hombres. Por otra parte, eso conduce inevitablemente a la repetición en la literatura feminista, repetición cargada de estaticidad y dramatismo. También se corre el riesgo de caer en la "prueba irrefutable de la Verdad", so pretexto de que todo discurso, por el solo hecho de estar escrito por una mujer, está exento de refutación y adquiere a priori y de inmediato el sello universal que ampara el sempiterno "nosotras las mujeres".

La mayor crítica dirigida a la literatura feminista se refiere a la carencia de un proyecto de devenir, obstaculizado por una miopía descriptiva. Esta crítica puede parecer dura, pero representa la única garantía que permite avanzar en el desarrollo de esta misma literatura. La literatura feminista se encuentra hoy en un período de crisis, que se refleja en la considerable disminución de la producción y, aún más, en la falta de interés manifestada por el público lector en general y por las mujeres en particular. Estos elementos, sumariamente expuestos, son los que permitirán abrir el debate necesario para la regeneración de la literatura feminista francesa. Lo que nos parece más importante señalar es el peligro de crear ese otro ghetto discursivo del cual nos sería más difícil salir por haberlo creado nosotras mismas, aunque inducidas, tal vez imperceptiblemente, a crearlo.

La búsqueda hacia otro horizonte, hacia otra apertura o perspectiva que nos haga entrar de lleno en la realidad —la nuestra y la total— se ve ahora más difícil que en el período de exploración interior que inició este fenómeno literario. Si bien es cierto que no podemos lanzarnos a hablar de nosotras sin antes conocernos, es imprescindible que esta exploración no sea limitativa y no nos detenga ante una realidad compleja que se trata aún de conquistar